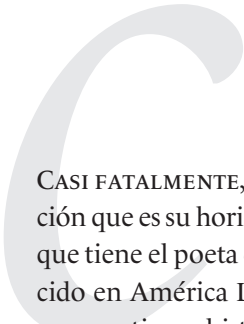


El romanticismo en la poesía castellana
o el primer César Vallejo

Audomaro Hidalgo



CASI FATALMENTE, EN CUALQUIER IDIOMA, el poeta hereda una tradición que es su horizonte vital y estético. La tradición es la posibilidad que tiene el poeta de ser plenamente. Para los poetas que hemos nacido en América Latina, nuestra verdadera tradición la constituye, por cuestiones históricas, lingüísticas, sociales y culturales evidentes, la literatura española, sobre todo y principalmente la que se escribe del siglo xv al xvii. Esa es nuestra primera fuente inagotable. Ningún poeta que escriba usando nuestro vasto idioma puede darle la espalda a este hecho. Hasta el siglo xvii español, encontramos escritores, en el más consumado sentido de la expresión, que eran dueños de la lengua y por eso mismo creadores de nuevos medios expresivos. Pero ninguno de ellos, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Góngora, Quevedo o Saavedra Fajardo, posee una dimensión crítica. Esta herramienta es la que pondera César Vallejo al inicio de *El romanticismo en la poesía castellana* y es a la que llama “el mejor instrumento con el que en nuestro tiempo se registran científicamente las diversas manifestaciones del arte bello”.

En esta tesis académica, presentada en la Universidad de la Libertad, en el año 1915, el joven César Vallejo pretende trazar “la génesis de la escuela romántica” española. El poeta peruano atribuye a tres condiciones intrínsecas el haber hecho posible en España el asentamiento de esta nueva literatura: la raza, la naturaleza y la sociedad: “La península española, por su situación geográfica, es desde todo punto favorable para las creaciones artísticas. Pocos pueblos entre los que están situados en tierras europeas, pueden encerrar en sí una fuente tan copiosa e intensa de inspiración. Solo sería comparable con las maravillosas regiones del Oriente y Asia”. Y más adelante: “el

medio ambiente natural de España con su belleza exuberante, como es de suponer, ejerce su más directa influencia en la imaginación”.

Según César Vallejo, las características del “temperamento lírico del romanticismo castellano” son la belleza formal, su afecto a las líneas robustas, las proporciones grandiosas y los colores fuertes: “El idealismo de Don Quijote enlutado por el negro pesimismo de Espronceda: una poesía en que los ideales se buscan no ya con la serenidad del corazón sano, condición importante para las especulaciones ontológicas, sino con las alas de la imaginación ardiente, dócil instrumento de las fuerzas emotivas. Por último, no debemos olvidar sobre todo esto, la facilidad con que acepta el espíritu español el advenimiento de nuevos sistemas que no se opongan a sus caracteres de raza, facilidad que permitió a la escuela romántica su generación y desarrollo”.

La línea que César Vallejo traza de los poetas más emblemáticos del romanticismo español es muy delgada, la razón es muy sencilla: este movimiento espiritual no produjo, ni en España ni en América, una figura del tamaño de los poetas románticos alemanes e ingleses. Vallejo destaca a José Zorrilla, José de Espronceda, José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda como las figuras más emblemáticas de este periodo, lo curioso es que no menciona a Gustavo Adolfo Bécquer ni a Rosalía de Castro, que acaso sean los dos únicos poetas plenamente románticos de nuestra literatura. En cambio, Vallejo ve en Espronceda la figura más alta del romanticismo español: “en él se cumple de una manera amplia y definitiva la doctrina romántica”. En el fondo, al reflexionar sobre la génesis y el desarrollo que tuvo el romanticismo español, Vallejo busca también su origen y su lugar dentro de la poesía española, desea explicarse y conocerse a sí mismo en tanto poeta que ha heredado esa lengua.

Al leer este libro podemos intuir que sus fuentes son escasas, se trata en su mayoría de textos hispánicos y de autores españoles, de algún modo, él mismo declara lo difícil que era tener acceso a los libros en su ciudad natal. Al hablar de dos poetas peruanos, en el último capítulo (“Poetas románticos peruanos”) afirma: “hemos sentido

profundas emociones siempre que los hemos leído; y muchas veces hemos tenido el propósito de hacer un estudio de ambos, especial y detenido, pero la imposibilidad de conseguir todas sus poesías nos lo ha privado”. No es difícil imaginar que en el Perú de principios del siglo pasado, y más aún en la ciudad de Trujillo, el acceso a los libros era casi imposible. Esto nos ayudaría a entender por qué en el catálogo de César Vallejo no figuran los nombres de Blake, Keats, Wordsworth, Coleridge y Hölderlin. Sin embargo, Vallejo cree que “los literatos que más han influido para la producción del Romanticismo en España han sido Shakespeare, Milton, Lord Byron y Walter Scott”, al mismo tiempo, considera que la aportación de la literatura alemana a la española se encuentra en “el pensamiento sereno, el vuelo metafísico, las interrogaciones al infinito y el soplo de cristianismo (...) junto con el idealismo, las nebulosidades del Norte y el sincero sentimiento de la limitación de la vida”.

Para César Vallejo, el romanticismo tiene un final: “El romanticismo francés de Victor Hugo (...) vino más tarde a dar origen al sentido objetivo y al naturalismo, en que acabó la escuela romántica”. Es obvio que esta apreciación carece de perspectiva histórica. En 1915 poco o nada sabía César Vallejo de lo que acontecía y lo que sucedería poco después con las vanguardias europeas. Isaiah Berlin, Rudiger Safranski y Octavio Paz han demostrado ya que el romanticismo no concluye en un año y una fecha determinados, porque se trata de una actitud espiritual y de una visión de la realidad que siempre está latente. El romanticismo encontró su continuidad y su metáfora en el surrealismo. Ambos movimientos ponderaron a sus precursores y guías: para los románticos alemanes e ingleses fue el español Calderón de la Barca, y para los surrealistas franceses fue el entonces recién descubierto Conde de Lautréamont y el temible Rimbaud.

Acaso el tema principal de este primer libro de Vallejo sea el ejercicio necesario de la crítica; es bien cierto lo que él dice: “hasta antes de la revolución romántica no ha habido verdadera sanción en materia literaria”. Sin embargo, contamos con unos cuantos antecedentes:



Dos centenarios: *Ecuatorial* y *Poemas árticos*. Breve antología de Vicente Huidobro



“*Ecuatorial* y *Poemas árticos*, ambos publicados en Madrid en 1918, es decir, hace exactamente un siglo, son nada menos que los textos inaugurales de la Vanguardia en lengua española. (...) La estructura de los poemas y el lenguaje de estos dos libros son completamente innovadores para la época”.

ÓSCAR HAHN

la *Poética* de Aristóteles, el *Arte Poética* de Horacio, *L'Art poétique* de Boileau y la “Defensa de la Poesía” de Shelley, sin mencionar por supuesto el prólogo a *Las baladas líricas* de Wordsworth y la *Biographia literaria* de Coleridge. Fue precisamente el romanticismo el que hizo posible el ejercicio de la crítica dentro de la poesía, a partir de este movimiento la conciencia crítica se alía al canto, lo que permitirá más adelante, por ejemplo, la obra de Baudelaire y Mallarmé.

El espíritu crítico de César Vallejo no se cristalizó en un desarrollado sistema de ideas, pero es uno de los primeros poetas de nuestra lengua en darse cuenta de la importancia de la crítica y de los vínculos directos que guarda con la poesía. La disyuntiva entre el crítico y el poeta crítico (“atribuir a la crítica contemporánea esta elevada misión integrativa y de mejora”) comentada al inicio de su disertación, Vallejo la va a resolver unos años más tarde en el ejercicio mismo de la poesía, al alcanzar su punto más alto en *Trilce*, que bien podría ser el testimonio de un poeta que ha adquirido conciencia del lenguaje y sus imposibilidades. Entre *Los heraldos negros* (1919) y *Trilce* (1922) hay un evidente cambio de experiencia frente a la concepción del fenómeno poético. Ruptura y continuidad: *El romanticismo en la poesía castellana* es un texto vivo porque se trata de uno de los primeros esfuerzos críticos por comprender el movimiento romántico, así sea en su vertiente española, y esto mismo lo convierte en un antecedente directo de “Los signos en rotación” (1965) y de *Los hijos del limo* (1974), de Octavio Paz. ■■■